

La figura de Sartre resulta inagotable. Murió a los 75 años, ciego y devastado por los excesos cometidos en su madurez con el alcohol, los somníferos y las anfetaminas -en su deseo de aprovechar al máximo el tiempo se movía en un círculo infernal: somníferos para dormir lo imprescindible, varias pastillas de corydrane al día, café, whisky-. Por un momento, al morir, pareció que su legado no podría sostener al somnoliento mito de los últimos años, salpicado de habladurías. Pero lo cierto es que tanto él como Simone de Beauvoir vivieron su vida en un combate permanente: contra el tiempo, contra las ideas que les hacían retroceder en su sueño de ser libres, contra ellos mismos. Y esas vidas únicas y voraces han dejado tras de sí una estela de voces impresionante.

Dos gigantes

Los libros sobre Sartre o Beauvoir son una muestra de la revisión que se impone en torno al legado de dos gigantes de la cultura europea, aún cuando los muchos errores que ambos cometieron invitan a la reflexión sobre su apasionante andadura vital. Ahora le toca el turno a un libro extraño: *Conversaciones con Sartre*, de John Gerassi, hijo del pintor sardí Fernando Gerassi, conocido por su colaboración con las Brigadas Internacionales y por la amistad que él y su mujer, Stépha, mantuvieron en los años 30 con Sartre y Beauvoir en París.

Entonces, el matrimonio Gerassi era parte del estrecho círculo de amigos, «la familia», que la pareja Sartre-Beauvoir había empezado a tejer a su alrededor. Los Gerassi se trasladaron a Estados Unidos después de la guerra y acogieron a Sartre y/o Beauvoir en alguna de sus visitas a Nueva York. Este es el fundamento de las conversaciones: la amistad de Sartre con los padres de Gerassi. Hay pues en ellas una gran familiaridad, la propia de una relación que viene de antiguo y en la que el hijo (París, 1931) se instala desde el principio con una arrogancia sorprendente.

SARTRE EN MIL PEDAZOS

CONVERSACIONES
CON SARTRE

JOHN GERASSI
Traducción de
Palmira Feixas
Sexto Piso, Madrid, 2012
508 páginas, 26,90 euros
★★★★★



El contenido de las conversaciones es básicamente político: el imperialismo de Estados Unidos, la guerra de Vietnam, las consecuencias de Mayo del 68, las relaciones de Sartre con el comunismo, el rechazo a lo que representa De Gaulle, su activismo revolucionario con el periódico *La Cause du Peuple* -que no solo aceptó dirigir para salvarlo de la clandestinidad, sino que distribuía personalmente por las calles-, o bien la defensa de la violencia como partera de la Historia.

No me ha convencido el

tono de esas conversaciones mantenidas entre 1970 y 1974, aprovechando el hecho de que John Gerassi fuera entonces profesor en la Universidad francesa. Y me pregunto por qué. En parte por su forma de rentabilizar la amistad de sus padres en su propio interés. Sartre en 1970 era ya un hombre enfermo: tenía 65 años y había sufrido varios derrames cerebrales. No era el pensador de diez años atrás. Simone de Beauvoir lamentaría en *La ceremonia del adiós* la utilización que unos y

Sartre (arriba, con su mujer, Simone de Beauvoir) le confiesa a Gerassi que acabó en el diván de Jacques Lacan porque las anfetaminas le hacían ver cangrejos que le perseguían



otros hacían de su figura y de su cada vez más menguada capacidad intelectual.

Gerassi no contextualiza sus conversaciones, arrancan sin ninguna preparación. Sus reproches también son discutibles: que no participara en las Brigadas Internacionales como sí hizo su padre. Sartre se defiende: en el año 36 era todavía un individualista que detestaba la movilización. A él le obsesionaba la escritura, no el heroísmo. O bien: ¿por qué el filósofo escribe un libro sobre Flaubert criticando a la burguesía cuando solo ella estará en condiciones de leer su obra y comprenderla? Tal vez *El idiota de la familia* (publicado entre 1971 y 1972) no sea un libro adecuado como lectura de la clase trabajadora, pero no conozco otro proyecto más importante y cautivador como materialización de la biografía y las tesis existencialistas.

Cita a ciegas

Los errores denotan una cierta ligereza: a Heberto Padilla no se le encarceló por fumar yerba, sino por sus críticas al régimen castrista (*Fuera del juego*, 1968), que hacía sin tomar ninguna precaución (Jorge Edwards, *Persona non grata*). Simone de Beauvoir no conoció a Nelson Algren en casa del matrimonio Gerassi en Nueva York. Se conocieron en Chicago, varias semanas después -el 21 de febrero de 1947 (*América día a día. Diario de viaje*)-, en una cita a ciegas.

En todo caso, el libro invita a tomar conciencia de cuánto ha cambiado nuestro mundo desde los años 70: de la pasión por el Absoluto de Sartre o Beauvoir a nuestro relativismo desesperado que apenas tiene respuestas, más allá de las cuestiones capaces de generar beneficios. Sartre habla consciente del estatus privilegiado que disfruta como intelectual ubicado en el mismísimo centro de la cultura occidental, y ese centro por unos años estuvo entre Montparnasse y Saint-Germain-des-Prés. Justo donde él vivía y escribía. Pero ese centro estalló ya en mil pedazos. ¿Nostalgia?

ANNA CABALLÉ

ESPACIO LITERARIO OFRECIDO POR
FUNDACIÓN CAJA MADRID Y BANKIA



Bankia